

REFLEXIONES

sobre el Proceso Electoral

Signos de madurez política

EDITORIAL

Estamos viviendo un momento magnífico y exuberante de la vida nacional: el momento álgido del proceso electoral. El momento en que la nación tiene que escoger su propio destino.

La circunstancia nos invita a contemplar la patria con mirada panorámica. No todos los aspectos de la visión —como algunos la describen en medio de la lucha— son sórdidos y mezquinos, como la envidia. Hay indicios afortunados que invitan a la esperanza; hay indicios afortunados que ponen de relieve la vertiginosidad del crecimiento de Venezuela, no sólo en su explosión demográfica, sino en su proceso de madurez política y social.

UN ALIENTO DE ESPERANZA

Nos ha sorprendido este aliento consolador después de las esperanzas fallidas de tanta promesa dorada que ilusionó al pueblo en las campañas electorales pasadas. Pero Venezuela

está viviendo aún su experiencia democrática con espíritu adolescente. Estamos gustando el experimento electoral después de largo ayuno de las dictaduras y semidictaduras que llenan prácticamente nuestra historia independiente.

Además, el ciclo electoral de cinco años resulta excesivamente largo. Se concentran en un sólo acto la designación del Presidente de la República, los senadores y diputados, los diputados de las legislaturas estatales y los concejales de toda la República. Y la pasión política, espoleada por la campaña comicial, abre el apetito de gustar el sabor agridulce del azar de las elecciones con sus euforias de triunfo y las depresiones de la derrota... En muchas naciones esas competencias electorales van diseminadas sabiamente dentro de una misma magistratura, las cuales van delatando los avances y retrocesos de los diversos partidos. Entre nosotros se abre la compuerta sólo cada cinco años. Se explica el fervor, la ilusión, la emoción y la pasión de los electores actuales; y hasta los excesos que cada período comicial trae consigo. Es la feria nacional de más duración y de mayor regocijo popular.

Un segundo rasgo juvenil. El censo electoral del presente año arroja 4.091.027 electores, de los cuales son primeros votantes 723.614. Esa avalancha juvenil (el 18%) ha de ser juiciosamente valorada; y nos anuncia destinos nuevos de la patria en próximas elecciones. Serán asimilados por quienes cuenten con programas más audaces y valientes. Pero debemos advertir, con recelo, que la juventud es inexorablemente de carácter transitorio. Cuando en los próximos lustros lleguen a la mesa electoral los niños y adolescentes de hoy, los actuales jóvenes serán cuarentones y, en su mayoría, lamentablemente conservadores.

Otro rasgo interesantísimo que detecta vivamente el actual proceso electoral. Hay un anhelo general de transformación social que comparten —en diversa escala— todos los partidos en contienda. Esa transformación social es además un anhelo internacional, hasta dentro de la Iglesia, como lo defendimos en nuestro artículo editorial del mes de mayo. Lo reclaman con violencia los universitarios de París y de toda Europa; de México y toda la América Latina. Pero tal propósito de transformación lleva un signo de contradicción. Los viejos, los acomodados, los bien instalados y los capitalistas, que logran actualmente pingües ganancias... lo detestan. En el sector de los marginados y, sin llegar a tanto, entre los medios populares, tiene una resonancia mágica. Y éste es el signo más sólido de esperanza.

UN PROGRESO EN LOS METODOS DE PROPAGANDA

Nuestra campaña electoral ha ganado en vistosidad, en eficacia y en profundidad.

Nuestras pancartas callejeras han empapelado las ciudades con gusto dudoso, carnavalesco y barroco. Sin embargo, se ha derrochado ingenio y talento. Algunos avisos, más costosos, en grandes cartelones sostenidos en vallas de hierro, denotan buen gusto. Solamente nos hacen pensar la millonada que ha costado esta propaganda callejera visual.

En nuestra última **Vida Nacional** hemos hablado sobre la generalización de otros medios más modernos y más sutiles. Por de pronto, la utilización de métodos que hasta ahora solamente los empresarios lo habían utilizado entre nosotros: el sondeo y el análisis de la opinión pública. Nos referimos a **las encuestas**, que nuestro cronista definió como **el espionaje político de la conciencia ajena en relación del futuro**. Las encuestas, sobre todo sucesivas, detentan efectivamente la opinión pública. Todos los partidos vienen ya utilizando el método de las encuestas para desilusión de algunos y exaltación de otros.

Añadíamos en nuestra **Vida Nacional**: "Cuando se entra en una oficina política electoral en Caracas en estos meses de 1968, el visitante inadvertido podrá pensar que se equivocó de sitio y que quizás se encuentra o en la sede de una empresa comercial o en el centro de computación de una universidad." Esta incorporación de la Cibernética a las campañas electorales es un índice nuevo de que avanzamos en el orden de nuestro desarrollo general.

Otro rasgo de nuestra campaña electoral. Sin negar la eficacia de la batalla electoral en las calles y el impacto de los mítines, advertimos, sin embargo, que la propaganda de las calles se viene trasladando, cada vez más, al seno del hogar. La televisión, la radio y la prensa diaria llevan a la intimidad familiar la vibración de toda la campaña electoral.

PROGRAMAS Y NO CAUDILLOS

Hace cinco y diez años hablábamos airadamente, sobre todo de la masa electoral de Caracas, de su volubilidad, de su ductibilidad sensiblera por los ídolos del momento, a la manera de los artistas en boga. El fenómeno Larrazábal y de Uslar no se han repetido en la actual campaña electoral. Prieto apareció con más "ángel", con un cierto "carisma", para ídolo de las masas. Tampoco han cuajado sus dotes evidentes de humanismo y popularidad.

No negaremos aquí el peso de la simpatía mágica de los líderes en las modernas elecciones. Y eso es verdad en Venezuela como en las naciones más avanzadas del mundo: la enigmática genialidad de De Gaulle y el magnetismo de los Kennedy...

Pero creemos un signo de avance positivo que la campaña actual de Venezuela se vaya concentrando, más que en las personalidades presidenciales, en sus programas...

Abrió la brecha el anunciado **Programa de Gobierno** de Copei. El equipo numeroso que lo elaboró quiso expresarlo todo... y resultó un documento mamotético y diluido: 60 páginas en tamaño tabloide.

En una selva de tantas páginas algunos hábiles adversarios encontraron hasta ideas comunistas, nazistas, fascistas, maoístas y totalitarias.

El partido, como primera medida, difundió profusamente su programa de gobierno y editó, a raíz de los ataques, cien mil

ejemplares más, con lo cual sus adversarios lograron que el público se interesara en el programa y provocaran su estudio.

...Y se vino diciendo que los otros partidos no contaban con programas. Sin embargo, Prieto publicó un programa relativamente extenso, aunque genérico. Gonzalo publicó también, a última hora, su programa en cuatro páginas. Se espera el programa del Frente, mucho más difícil de ser redactado por la heterogeneidad de sus componentes.

No se conocían, apenas, en anteriores elecciones, programas de gobierno, sino las promesas, más o menos ilusorias, de los líderes en sus mítines.

La generalización de las encuestas, la preponderancia de la televisión, la radio y la prensa diaria sobre la propaganda callejera, y la discusión de los programas, señalan un avance de maduración política de nuestro pueblo electoral.

EL DEBER DEL CIUDADANO CRISTIANO

Es oportuno recordar a todos los ciudadanos —y particularmente a los ciudadanos cristianos— sus derechos y deberes en este momento solemne de la patria.

El voto no es solamente un derecho, sino que también constituye un deber de todo ciudadano.

El ciudadano es el sujeto del proceso electoral.

El ciudadano es el miembro de la **civitas** (la ciudad, Atenas, Roma), noción que corresponde en la actualidad al **Estado**.

El ciudadano, como participante de los derechos y deberes de la **civitas**, del Estado, es responsable, con su voto, de la futura administración pública.

Nos molesta separar la noción de ciudadano y de cristiano. Mejor hablaríamos del hombre. El hombre integralmente considerado, que es individuo, que es padre o hijo de familia, que es miembro de las sociedades intermediarias: el sindicato, el colegio profesional, la universidad... y finalmente que es miembro del Estado. El Estado es una entidad posterior a las entidades primarias: el individuo, la familia y la profesión organizada; y es su servidora, complementaria y subsidiaria, con un fin concreto: el procurar el Bien Común. Tal es el concepto de la filosofía cristiana de la vida.

El ciudadano cristiano es también, con su voto, responsable de la futura administración pública. El dualismo ciudadano-cristiano se va borrando entre nosotros, al mismo tiempo que se va borrando el clericalismo y el anticlericalismo. Ningún partido entre nosotros puede proclamarse como el partido de la Iglesia, aunque unos estarán más próximos o más lejanos de la filosofía cristiana de la vida. Todos nuestros partidos —y lo sumamos entre los más palpables progresos en nuestra vida pública— hacen gala de relaciones amistosas con la Iglesia; y hasta los clásicos defensores del Estado-docente se declaran, al menos durante la campaña electoral, favorables a la enseñanza privada.

Por eso resulta especialmente delicada la selección electoral para un ciudadano cristiano. A falta de motivos religiosos ha de sopesar las razones del orden temporal, el Bien Común, las cualidades para una administración honesta, la selección de un gobernante de probidad personal, de moral comprobada, de preparación sólida para el altísimo puesto de Primer Magistrado.

Un patriota valiente y esforzado que barrera de la faz de la patria la lepra del peculado, la catástrofe del burocratismo y el despilfarro del inmenso patrimonio de una nación inmensamente rica y bendecida por Dios.

M. A. E.